

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año IX*

*Barcelona 10 de Febrero de 1898*

*Núm. 377*



*La amorosa Esther*

## Burlas y veras

El Director de este periódico es una especie de tirano, que os coge y os dice: — « Hay que hacerle muecas al Carnaval. »

Y encima: — « Es preciso, D. Claudio, que eche usted sal á las ideas; aguce el ingenio y póngase de buen humor; el jueves último se le pegó á usted el guisote de la gracia. »

Reniego de los déspotas, aunque se presenten con la cara tan amable como la de mi amigo; la voz de mando me aburre; explícome perfectamente la irritabilidad de aquel noble que echaba sus botas al criado porque éste iba á despertarle todos los días diciendo: — « Levántese el señor Conde, que hoy está el señor Conde llamado á hacer grandes cosas. »

Cierto es que el tal hacía por la víspera encargo tan peregrino al rústico; pero eso no importa para que le pareciera á la mañana siguiente orden intolerable el pregón.

¿ No hay más que mandar que se levante uno ?

Pues ahora figurémonos lo que es meterse en honduras y decir á quien escribe: — « Sea usted gracioso. »

¿ Como si el individuo tuviese siempre los nervios templados !

Cuanto más, que no consiste todo en estar alegres. Nó; es necesario que la alegría de que se goza, sea como los males infecciosos: que se comuniquen; que luzca por franca é ingenua. Cuando el hombre ríe de dientes adentro, poco provecho sacarán ustedes de su risa. Tampoco hay que fiarse de los que sueltan la carcajada á todo trapo. Esos no producen más que un ruido fastidioso, que crispa los nervios.

Ahí tienen ustedes: por lo único que me agrada á mí el Carnaval es porque resulta comparable á la embriaguez que produce un buen vino; sólo que no marea la cabeza, sinó el corazón, y lo pone como una peonza.

Llena los espíritus de alegría sana, jovial; la alegría de los mozos que empiezan á vivir, sin que les haya fruncido el ceño aún desengaño alguno.

No falta quien sale de este período grotesco como aquel que se mete en una hoguera: completamente quemado; pero eso ocurre también á los borrachos que no saben beber. Son muchos los que se divierten, los que agotan la medida de los placeres, sin que necesiten purificar la frente el miércoles de ceniza.

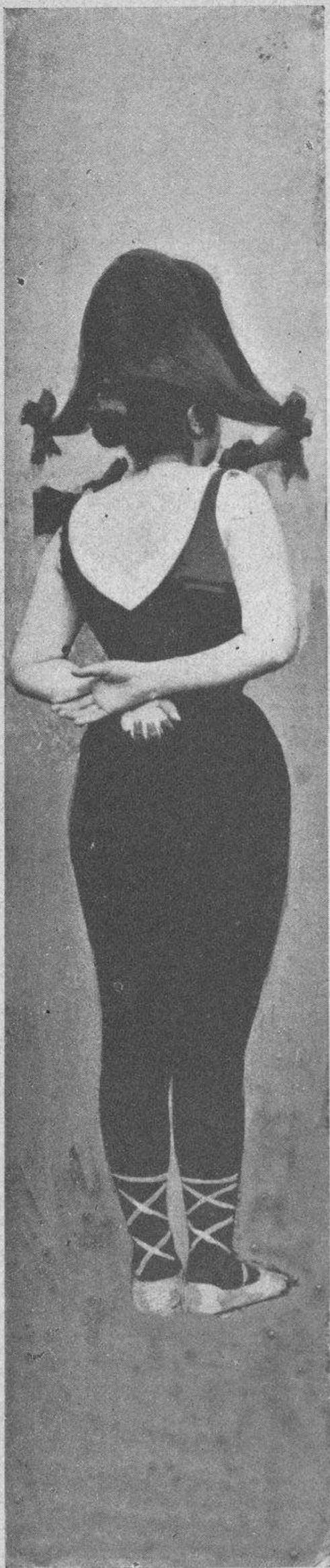
Y es porque no toman del Carnaval otra cosa que el bullicio.

Créanme á mí, que estoy bien enterado de estas filosofías: el bullicio es la espuma de la jovialidad.

¿ Y qué pasa con la espuma ? Que bulle; que adquiere un blanco brillante; que se escapa ligera; pero no mancha; desaparece sin dejar rastro tras de sí.

¡ Locos ! ¿ Creéis que el Carnaval fué instituído para que perdiérais las fuerzas de la juventud en necias bacanales ? Nó, el Carnaval no es la orgía del vino; es la orgía del buen humor. De un buen humor que no labra la ruina del cerebro. Nuestros antepasados tenían más talento que nosotros; no habían descubierto los prodigios que son orgullo de la época presente. No iban en ferrocarril y empleaban el velón de aceite para alumbrarse; pero poseían un sentido práctico que no me cansaré de ponderar: gastaban la vida despacio y bien, y eran tan felices.

Yo he conocido todavía á gentes de la generación de las carretas; no porque yo tenga muchos años, sinó porque ellos morían muy viejos. Se les veía la faz risueña, oronda,



(Prohibida la reproducción)

á despecho de la edad; y eso que pasaron tribulaciones: la guerra civil, enconada; el reinado del morrión y del Himno de Riego; hambres, pestes y la tiranía de Narváez; todo era peor que Sagasta (que no es malo, sinó bromista) y su régimen autonómico. Quizá influyera, no digo que nó, el que no tenían lo que ellos han llamado zarandajas del Progreso, para que arrastrasen una existencia gozosa. Pues á ellos les parecía adorable su Carnaval y nosotros decimos horrores de la fiesta. Y es, sencillamente, porque nosotros corremos tanto, que llegamos antes al hastío que al goce.

Los que apañaron eso de que la humanidad se paseara por las calles vestida de payaso, haciendo contorsiones grotescas y gestos ridículos de arlequín, merecen grandes elogios. Después, hombres más graves y sesudos, pusiéronos, junto á los espasmos de la locura, las mansedumbres de la cuaresma; una lección meditada sin perder ripio, detrás de otra lección sapientísima.

Pero lo malo es que hemos dejado de ser filósofos. Los que entienden de estas cosas aseguran que el positivismo nos ha comido hasta la médula de los huesos, y así nos ha puesto de pobres de sangre, desmedrados, raquíticos; ¡cómo que no hay más que ver el influjo y el auge que adquieren los reconstituyentes: las píldoras, los jarabes y los licorres milagrosos. En aquellos tiempos, ya apartados, los boticarios no empleaban más que agua del pozo. Ahora el que no tiene otra virtud en la rebotica, está irremisiblemente perdido.

Por mucho que lo extrañen, por raro que les parezca, el secreto consiste ¿en qué dirán ustedes? En que no sabemos ponernos el antifaz. Nos parece que el uso de la careta nos autoriza á estropear nuestro físico. Nos la ponemos olvidando esta gran verdad: que el Carnaval nos lo dejaron los viejos para que recordásemos que los hombres deben remozarse, infiltrando en su organismo caduco la savia de una juventud avispada y retozona.

\* \* \*

Una frasecilla demasiado vulgar acude ahora á mis mentes, que serviría de digno remate á todo lo antedicho. Hace ya mucho tiempo que viene asegurándose por algunos que han logrado alcanzar la patente de sabios, que vivimos en perpetuo Carnaval; que no hacen falta los días marcados de precepto, para que la gente ande fingiendo lo que no es. Muy antiguo es eso, y sin embargo, parece que la humanidad se complace en justificarlo.

Infinitos ejemplos podían citarse en corroboración de este aserto. Ahí va uno.

En la Universidad de Barcelona, en un establecimiento donde maestros y discípulos debían andar sin antifaz, parece que enreda el demonio... Allí hay un rector que prohíbe las manifestaciones de simpatía en favor de Emilio Zola, y tolera, en cambio, que las aulas se conviertan en antecámaras de retrógrados.

¿Desde cuándo ha de servir la Universidad para la propaganda de una idea determinada? Las Universidades fueron instituídas para algo más alto, más noble, más sublime que esas mezquindades ridículas, que evidencian palpablemente el lamentable atraso en que se encuentran nuestros centros de enseñanza.

A la juventud puede repetírsele lo que Ignacio de Loyola dijo en su lecho de muerte á los cofrades que le rodeaban: «¡Os lego el mundo!»

Falta saber ahora lo que los jóvenes harán con el legado.

CLAUDIO UGENA.

(Con postre de PÉREZ CARRASCO.)



(Prohibida la reproducción)

## Aviso providencial

— Estoy convencidísimo, — dijo el baroncito cruzando una pierna sobre la otra, en tanto que unidas sus manos imprimía un simultáneo movimiento de rotación á sus pulgares, — que muchísimas veces evitaría el hombre los mayores peligros de su existencia, si atendiera á esa vocecilla interna, misteriosa, que no deja de advertirle oportunamente, y que le dice: ¡Por Dios, no hagas eso!

— Barón — replicó uno de los oyentes, sonriendo, — lo que usted dice es casi... una perogrullada.

— Las perogrulladas constituyen una de las formas de la verdadera sabiduría, — replicó sin desconcertarse el preopinante. — El mal está en que despreciamos de una manera imprudente los prudentes consejos envueltos en esas perogrulladas. Pero no iba á parar á eso solamente...

— ¿Pues á qué iba usted á parar?

— A una observación que más de una vez he tenido ocasión de hacer. No vacilo, señores, en afirmar que cada vez que el hombre está pronto á cometer una tontería, su ángel bueno se lo advierte por medio de... ¿cómo diré?... por medio de señales infalibles, de visiones reales, de revelaciones singulares.

— No acabo de comprender... — murmuró otro de los oyentes.

— Me explicaré citando un caso práctico; un caso que me ocurrió á mí mismo. Ustedes saben muy bien que cuatro años atrás estuve á punto de casarme...

— Y tan á punto que usted escapó como alma que lleva el diablo, en el momento más perentorio... cuando iba á pronunciar el *sí* sacramental, — dijo un oficial de caballería soltando la carcajada.

— Precisamente — repuso muy tranquilamente el barón; — escapé á punto; demasiado



El placer de amar



**La ninfa sedienta**



tarde quizás, por lo que se refiere á las convenciones sociales; pero ¿saben ustedes por qué escapé dejando plantada á mi futura, estupefacto al cura, furiosos á los padres y atónitos á los concurrentes?... Pues eso es lo que voy á contar á ustedes.

Aquel enlace parecía convenirme bajo todos los aspectos. Mi novia era de excelente familia; como hermosa y como elegante no podía ponérsele pero alguno; había recibido una educación esmeradísima, y hubiese hecho, socialmente hablando, una baronesa irreprochable, máxime con los cincuenta mil pesos que aportaba en dote. Y me gustaba extraordinariamente, señores: ¡vaya si me gustaba! Como que llegué á enamorarme muy de veras, nó de su dinero, sinó de sus gracias personales, de su rostro, de su *chic*, de su distinción. Y no tengo reparo en confesar que al conducirla al altar me sentía deliciosamente conmovido, como un hombre que va á sentar su felicidad sobre sólidas bases.

— Entonces, ¿por qué?... — insinuó el oficial.

— ¿Por qué huí disparado en el momento psicológico?... Pues en virtud de esa revelación providencial de que hablaba hace un instante. Estaba ya arrodillado á la vera de mi deposada; el sacerdote oficiante pronunciaba las palabras que sirven, digámoslo así, de introducción á la terrible pregunta; de pronto, un impulso inexplicable maquinal, me hizo volver los ojos á una capilla lateral, ¿y saben ustedes lo que ví?... Pues ví al conde Panizares, que tenía fijos los ojos sobre nosotros, envolviéndonos en una mirada irónica, en tanto que sus labios sonreían con expresión burlona. Inmediatamente miré de soslayo á la que iba á ser mi mujer... y me pareció que también su boca sonrosada sonreía levemente, con expresión casi imperceptible de malicia. Entonces recordé que Panizares había pedido, meses atrás, la mano de la chica, y que le había sido negada por los padres. Panizares no tenía una peseta, y su gallardía, suficiente cualidad quizás ante los ojos de una joven, no lo era para el criterio positivo y previsor de la familia. Ese recuerdo me hizo vislumbrar un porvenir amenazador, y presa de un pánico providencial, en vez de contestar al sacerdote que me preguntaba si quería por esposa á Casildita, me levanté y me lancé como una saeta hacia la puerta del templo.

— Lo cual, si no me engaño, le valió á usted, dos días después, una estocada que le propinó el hermano de la chasqueada novia.

— Es cierto. Estuve un mes en cama, muy malucho; pero no lo siento. Vale más una estocada, que ser lo que es el marido de mi ex novia, que como no ignoran ustedes casó al año siguiente.

— ¿Qué es ese buen señor? — preguntó un joven cándido.

— Es el... mejor amigo que tiene el Conde de Panizares — dijeron á coro los presentes.

JUAN BUSCON.

### ¡ Memento... !

Si es el amor la forma de un anhelo  
que le edad juvenil sueña dichosa,  
y pasa, como errante mariposa,  
por el azul del cielo;

Si es el placer relámpago, fugace  
que surge y muere entre la noche oscura,  
fantasma entre brillante vestidura,  
que en niebla se deshace;

Si es el dolor espuma que fenece  
al tocar en las playas de la vida;  
nube, que por los aires impelida,  
á un soplo desaparece;

Si la vida del hombre, — arcano, mito,  
alma triste, del barro prisionera, —  
es tan sólo una sombra, una quimera,  
un punto en lo infinito;

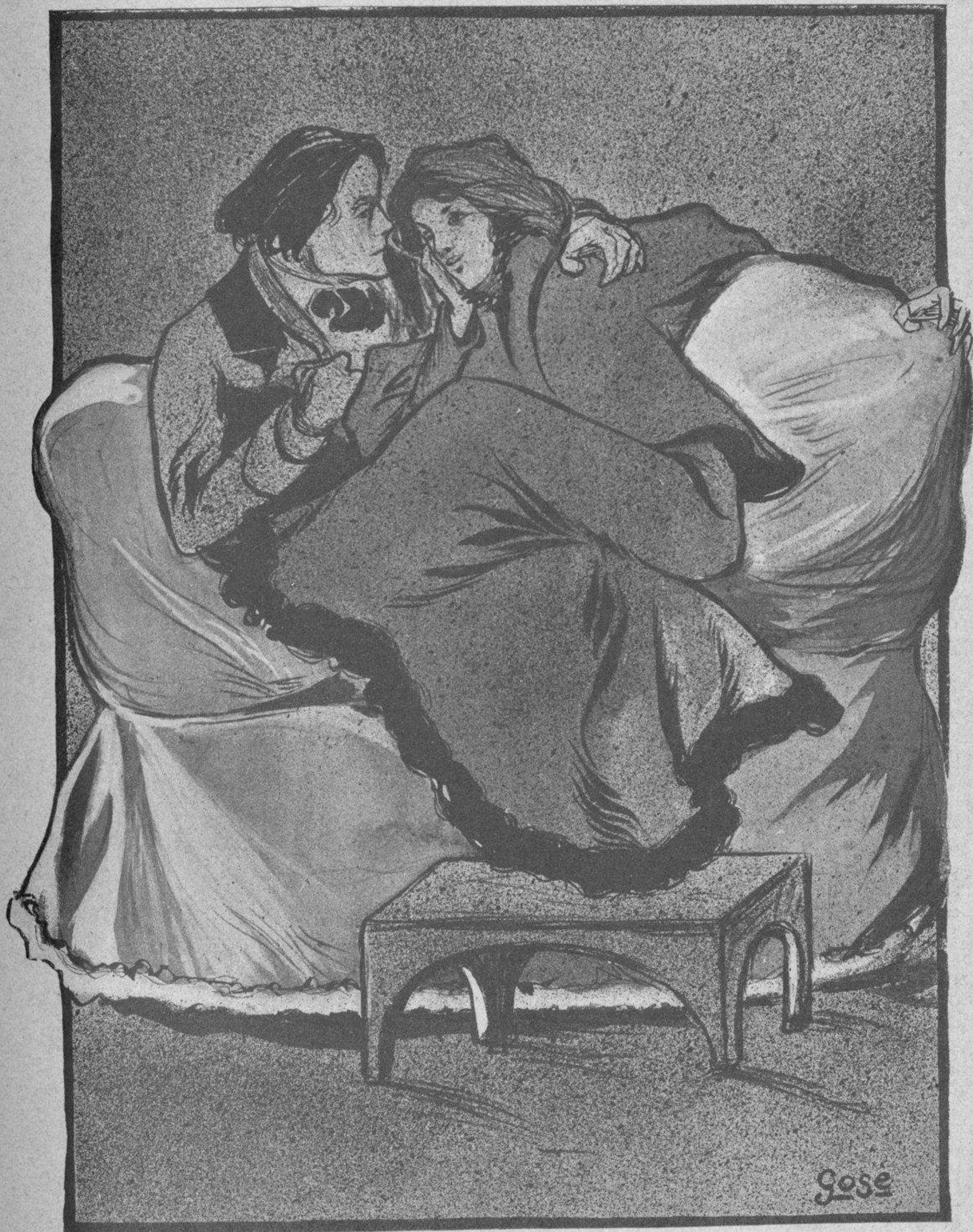
¿ Por qué extrañar que anide los amores  
sólo un momento el alma en primavera,  
y que el tiempo arrebate en su carrera  
los goces voladores ?

¿ Por qué extrañar que del dolor al peso  
nuestra frente se incline, triste y fría,  
cuando tiemblan los labios todavía  
con el calor de un beso ?

Hombre que te sublevas, agitado  
por la ambición soberbia de lo eterno,  
como el Angel rebelde, que al Averno  
lanzó Dios irritado ;

Con su efímera Corte, tu existencia  
para siempre en la nada se derrumba...  
Solitaria, en el seno de la tumba,  
palpita la conciencia...!

FLORENCIO SUZARTE.



—¿Te han dicho que el amor es una abominación? ¡Pobre criatura! Eso creen los que no saben abrir los brazos más que cuando les saltan los nervios. ¿Y ves? Yo te estrecho suavemente, sin que pasen por mis venas ráfagas de tempestad. ¡Pobres de espíritu son los que no saben que también pueden ser los abrazos efusiones dulces de las almas pías...!

## El saltimbaneo

(APUNTES DE UN PERIODISTA)

Perruco saltó á la pista haciendo cabriolas, descoyuntándose en grotescas contorsiones, charlando descosidamente. A poco llamó « gitana » á una morena que reía mucho, enseñando sus dientes blanquísimos, dió unas palmadas cariñosas al caballo de miss About y se lió en ágría disputa con el director, porque no llevaba correctamente el frac. Estaba alegre Perruco aquella noche, con una alegría nerviosa, insana, de sér fiebroso é insultado.

— ¿Qué tienes? — le preguntó Mr. Colan en voz baja, mientras el saltimbanco le manoseaba, le daba vueltas, le componía y descomponía la figura con grande alboroto del público.

— Tengo... no lo sé: una cosa extraña, una movilidad de músculos, ó de nervios, ó de sangre, que me coge desde la cabeza, baja por los hombros, sigue por los brazos y se escapa por las yemas de los dedos.

— ¿Mucha ginebra, verdad, pobre Perruco mío?

El saltimbanco, que andaba realzando las hombreras del frac de Colan, levantó la voz:

— El borracho es usted, que no sabe llevar la ropa: no se lleva un frac con arrugas, con el hombro caído, sinó después de que se bebe mucho vermouthe. ¡Quite allá, mendigo de la etiqueta! Me están dando ganas de convertirle esta noche en clown.

Y rápidamente despojó á Mr. Colan de su prenda de gala, vistiósela Perruco y encasquetó la monterilla al pasmado inglés. Fué una tempestad de aplausos lo que se le vino encima, de risotadas, de vítores. ¡Y por Dios que estaba bien el saltimbanco con el frac, puesto con soltura, con delicadeza, con gusto y elegancia exquisita sobre sus calzones abombados de tela de cobertor! ¡Qué revelación para aquella humanidad tonta que iba á reir todas las noches sus contorsiones ridículas y sus gracias dislocadas! Detrás de aquel rostro enharinado, de aristas móviles; en lo íntimo de aquella figura degradada y cómica, había un sér fino, sensible, de alma superior: un hombre que tenía que disfrazarse de bruto para halagar los instintos de la gran bestia. ¡Y podía haberse visto mucho antes, porque Perruco hablaba á la multitud con voz de insulto y despecho, la zarandeaba en sus agudezas de saltimbanco, decía chistes de una ironía fina y sutil! Pero á la bestia le halagaban los latigazos de aquella criatura, relajada á sus ojos porque vestía la túnica de la esclavitud.

Perruco dió la vuelta al circo, dando las gracias burlescamente al monstruo conmovido; llevaba las manos en los bolsillos y estiraba, ensanchándolos descompasadamente, los pantalones; pero caía el frac irreprochable y manteníase erguida la cabeza en el tronco y en actitud de dignidad; saludaba sin doblarse; conservaba su papel en los pies que iban danzando por la arena.



— ¡Ay, señora! Le han equivocado á usted la medida.

— ¿Es grande el zapato, verdad?

— Como que no necesita usted ir al Liceo para que le baile el pie.

De improviso se detuvo el saltimbanco... vaciló, sacó las manos de los bolsillos, dió un salto de tigre y se metió en un palco: había en él una mujer hermosa, un encanto de mujer: alta, delgada, elegante, rubia, cara de diosa de naturaleza, tipo de majestad del mundo. ¡Lo que el público vió! ¡Lo que vió la dama! Que el saltimbanco infeliz doblaba la rodilla, que cruzaba las manos en actitud de súplica.

— No te rías más como has reído, señora, — murmuró Perruco.

Pero esto nadie lo oyó: la bestia, figurándose que era una de las gracias del saltimbanco, soltó una carcajada expansiva, insultante. Perruco no la oyó; yo lo sé, y digo que no la oyó; oídos adentro, por sus nervios sólo resbaló la risa acerada y fría de aquel ídolo de carne esplendorosa, de espíritu ruín. Y se le sublevaron, se le incendiaron en fuego devorador, le irguieron, le echaron sobre la escultura; volvió á sentir aquella movilidad extraña que le cogía desde la cabeza á los dedos, y sus manos apretaron como garras de salvaje el cuello delicado de la mujer hermosa.

Con el susto y el pasmo en el alma, con la voz débil porque se le escapaba el respiro, la joven prorrumpió en angustia de sollozos:

— Que me ahogas.

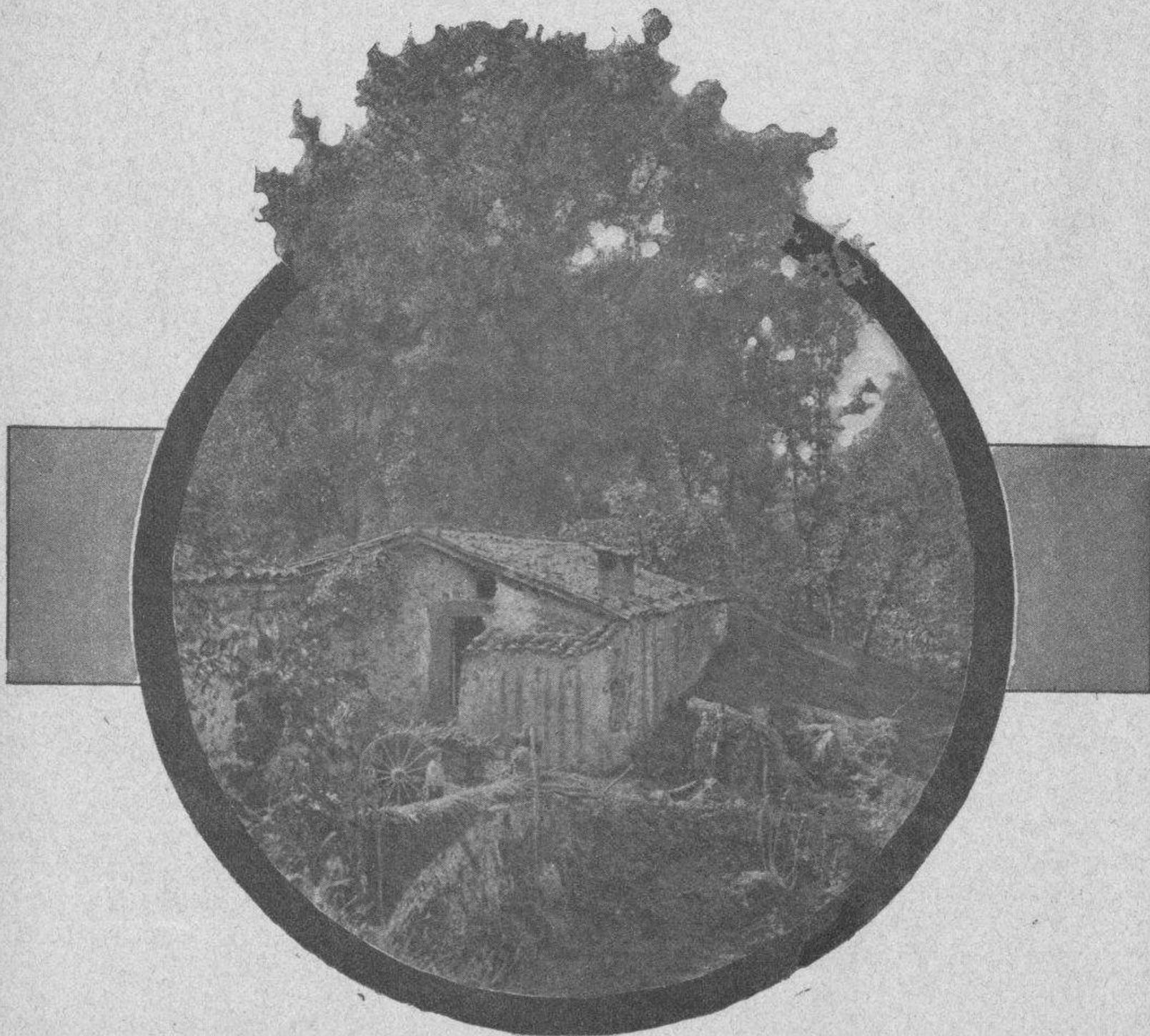
Y esto también lo oyó Perruco; también lo oyó, porque se le aflojaron los músculos, dió otro salto, pero atrás, de espaldas, y cayó desplomado, con los brazos abiertos, sobre la arena.

La acción fué tan rápida, que nadie tuvo ocasión de intervenir. Mr. Colan, abalanzándose sobre el cuerpo frío y caído en la desgana de la muerte, exclamó:

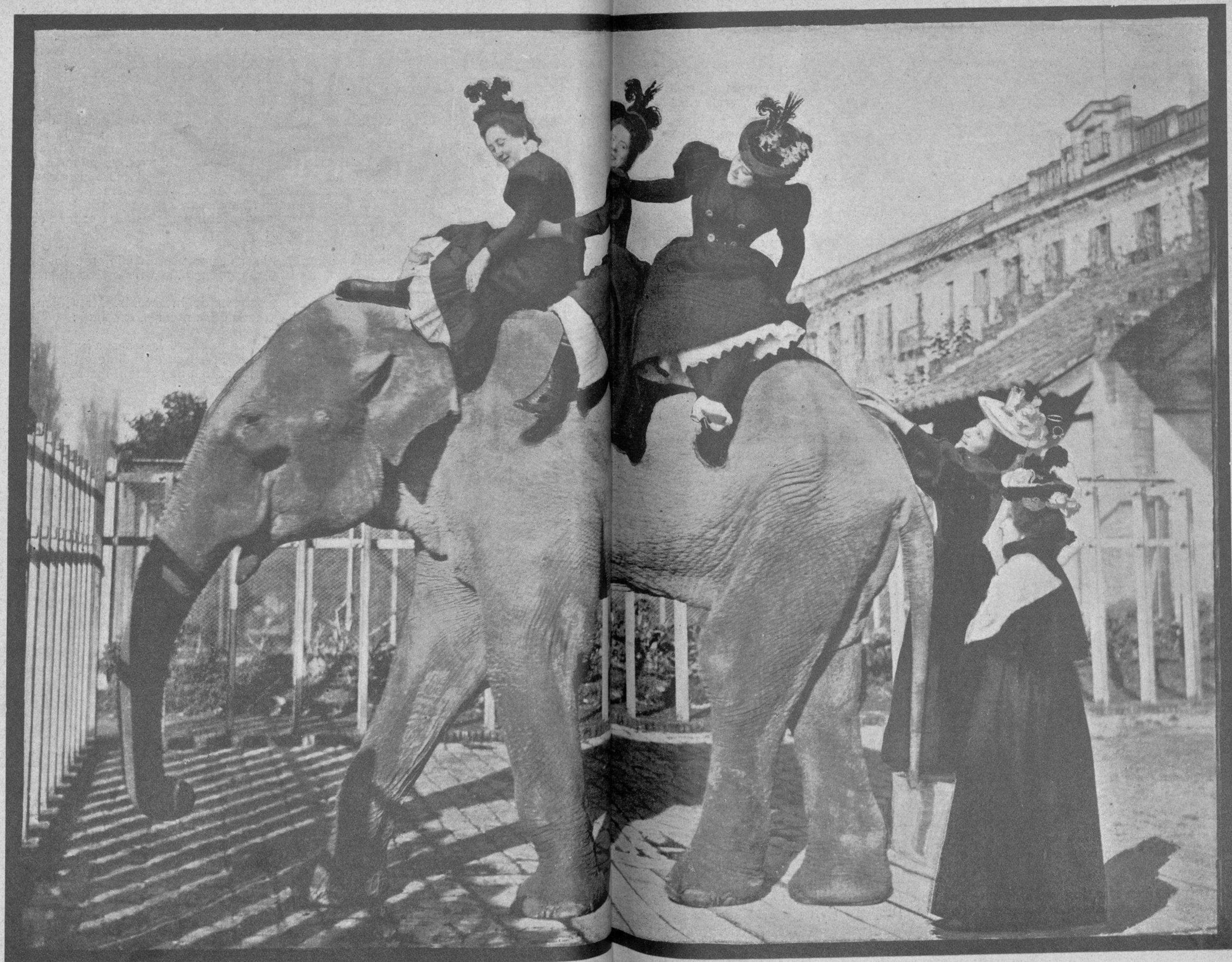
— ¡Este borracho, este grandísimo borracho!

Y mientras sacaban el muerto en angarillas, el público, la «bestia humana», como le llamaba en sus gracias Perruco, deshacía en aplausos estruendosos, aclamando al héroe, y figurándose que le había regalado Perruco una pantomima de clown inimitable..

J. F. LUJÁN.



Cercanías de Camprodon



## Historia de la espía

Uno de los soldados que asistió á la muerte de la desdichada que pagó con su vida el horrible oficio que ejercía, me dijo al verla ensangrentada y rígida sobre el blanco polvo de la carretera:

- Yo conozco á esa mujer.
- ¿Cómo no lo has dicho antes?
- ¿Para qué? Está muerta y bien muerta; ya ha pagado su traición.
- ¿Era de veras una espía?
- Yo lo creo. Si supieras como yo su historia, no dudarías de ello.

Hice charlar á mi camarada, que no deseaba otra cosa, y he aquí lo que me contó:

Un año antes la espía estaba casada con un buen hombre. Ambos habitaban, en compañía de un hijo suyo de trece años, en una casa de campo cercana á Prats de Llusanés. Trabajando los tres desde que amanecía hasta ponerse el sol, iban viviendo con más ó menos miseria, pero con alegría, pues, según decían sus convecinos, jamás se había visto familia mejor avenida.

La guerra civil ensangrentó los campos. Las fuerzas de los dos bandos recorrían el país en todos sentidos, preparando emboscadas, persiguiéndose con encarnizamiento, sembrando odio y terror á su paso. En casi todos los pueblos tenían partidarios ambos bandos, y en cuanto tenían ocasión, unos y otros se entregaban á venganzas inhumanas. Aquellos que jamás habían manifestado simpatías por ningún partido eran los más atormentados, porque pasaban por hostiles á los dos, y ambos les trataban como enemigos.

Una noche, una fuerza numerosa pasaba por la casa de campo de la espía. El jefe mandó llamar. El labrador salió.

— Necesito un guía hasta Solsona. Pero es preciso ir por caminos de atajo. Arréglate y guíanos.

¿Qué remedio le quedaba al hombre? Se despidió de su mujer y de su hijo, y marchó. Durante las primeras horas todo salió á pedir de boca. La fuerza avanzaba sin obstáculo. Pero al amanecer, apenas desembocaba la vanguardia en un valle, fué recibida á tiros. El enemigo estaba allí é hizo una espantosa carnicería en las filas contrarias. La huida y la dispersión. El jefe de la fuerza derrotada, junto con dos oficiales y cinco ó seis soldados, retrocedió por el mismo camino que había venido. El guía, atados á la espalda los brazos, les precedía, presa de horrible temor. Aquellos hombres creían que les había llevado á la celada en que perecieron sus compañeros. Lo que era obra de la casualidad se achacaba á traición premeditada. Y ya sabía el desdichado cómo se pagaban las traiciones en la guerra.

Al llegar junto á su casa, los hombres que le conducían hicieron alto. La mujer y el niño salieron, y ante su vista fué fusilado el hombre. Después, el fuego acabó con la casa.

(Prohibida la reproducción)

— Ya puede rodar la bola, que como la mujer quiera... ¡no cae!

Y al marchar, el jefe, dirigiéndose á la mujer y al niño, que estaban en el suelo acurrucados junto al cadáver mirando con expresión embrutecida aquellos despojos y aquella hoguera, les gritó:

— Explicad en el pueblo lo que he hecho y recordadlo.

Un soldado que estaba cerca de la mujer oyó que ésta decía:

— ¡Sí que lo recordaré!

El niño quedaba huérfano, la mujer sin amparo y la caridad y los despoblados eran suyos.

Pocos días más tarde, la madre presentó á su hijo á un jefe del bando contrario y lo hacía admitir como corneta.

Cuando se separó de él, viéndole ya vestido de uniforme, le dijo:

— Recuerda siempre cómo mataron á tu padre y como nos robaron y quemaron la casa. Cada vez que veas el color rojo acuérdate de la sangre de tu padre. Sabes los caminos como él los sabía. Guía á tus compañeros, evítales sorpresas y llévalos á dónde estén los asesinos, que no han de morir de buena muerte.

Tres meses más tarde el destacamento en que iba el niño fué sorprendido durmiendo en una masía, y ni uno de los hombres que lo formaban escapó con vida. Acudió la madre al sitio de la catástrofe y halló al cornetilla muerto, con la tapa de los sesos saltada. Por un refinamiento de crueldad el niño había sido mutilado.

Entonces fué cuando la mujer, sintiendo un odio implacable, se hizo espía. Durante más de dos años ejerció su oficio con suma sagacidad de salvaje y fué causa de muchas sangrientas sorpresas. En una de ellas se dejó coger y cuatro balazos acabaron con su miserable existencia. Pero al morir tuvo el consuelo indecible de pensar que, por dos vidas que le habían arrebatado, ella cobró más de mil vidas.

A. RIERA.

### Las flores

Del sol el primer rayo es como el beso  
Que viene á despertarlas;  
Las flores constituyen mi embeleso;  
¿Cómo dejar de amarlas?

Tímidas abren sus corolas bellas  
Donde tiembla el rocío,  
Y el céfiro al pasar, juega con ellas  
Allá en el bosque umbrío.

Tal vez cuando en el cielo un astro asoma,  
Las perfumadas flores  
Le brindarán su virginal aroma,  
En cambio de fulgores.

Los genios de la noche se recrean  
Al verlas: sin recelo  
Los pájaros, mirándolas, gorgean  
Y detienen el vuelo.

Perfumar, perfumar es su destino,  
Y cuando el viento zumba,  
Encontrar en los surcos del camino  
Inesperada tumba.



— Estos antifaces tienen la ventaja de que puede una aceptar la cena sin comprometerse á descubrir el rostro.

¡Cuán breve y cuán dichosa es su existencia!  
Nacen, viven y mueren,  
Sin haber comprendido en su inocencia  
¡Cuánto las penas hieren!

Jamás víctimas son en este mundo  
De terribles engaños,  
Y mueren sin caer en el profundo  
Mar de los desengaños.

Los vientos de la tarde, en la pradera  
Son sus enterradores:  
¡Es tan dulce su muerte!... ¡Quién pudiera  
Morir como las flores!...

B. BYRNE.



## Lo que dicen las flores

### I

Don Pánfilo contemplaba con arrobamiento, arrellanado en su balancín, ambas manos cruzadas sobre el piriforme abdomen, el ligero volar de aquella mariposa de alas etéreas, ninfa de aquellos pensiles y hada de aquel recinto.

Clotilde se entregaba con expansiva alegría á los abandonos del campo.

Desfloraba myosotis, libaba cálices de pasionaria y mordía pétalos de rosa.

— ¡Loquilla! — gritaba D. Pánfilo. — Langosta... oruga... envidiosilla; verás el tío Lope lo que dirá mañana cuando vea ese destrozo.

— ¡Bah! — contestó Clotilde, subiendolos hombros. — ¡Valiente cosa se me da del tío Lope!

Después cogió un *mil en rama*.

Contemplando al mismo tiempo:

el florido tallo, y con gravedad, empezó á arrancar florecillas diciendo:

— Me quiere... no me quiere... me quiere... — y así hasta el último.

— ¡No me quiere! — añadió echando el pedúnculo con rabia al suelo

Y D. Pánfilo, sonriendo maliciosamente:

— Sí, tontona... sí, te quiere.

### II

La fruta ha madurado

D. Pánfilo, en el balancín, contempla á su mariposa, un poco envejecida.

Ni muerde pétalos, ni desflora myosotis.

El buen señor mira con melancólica atención la tristeza de su hija.

Esta arranca, con nerviosa mano, otro *mil en rama* y dice:

— Me quiere... no me... quiere... ¡Me quiere! — grita con alegre acento elevando hacia el cielo la última florecilla y arrojándose en los brazos de su padre.

— Nó — dice éste, enjugando una lágrima furtiva y depositando un beso en la frente de su hija — nó, paloma mía... ¡no te quiere!

R. ORTS RAMOS.

## Musa picaresea

(ROMANCE)

¿Es posible que desdeñes  
mi amor, porque eres devota,  
cuando yo sólo te pido  
obras de misericordia?  
Tú verás, si atentamente  
de mis dolores te informas,  
que en mí puedes, vida mía,  
ejercerlas casi todas.

Enseñar al que no sabe  
es obligación piadosa...  
¡Haz tú que mi amor aprenda  
de ti lo mucho que ignora !..  
Yo no sé qué sabor tienen  
tus palabras amorosas,  
ni el encanto de tus brazos  
cuando amantes aprisionan,  
ni los rayos de tus ojos,  
ni los ayes de tu boca...  
¡Sácame de esta ignorancia  
que me mata de congoja,  
y enséñame, pues ignoro  
tantas dulcísimas cosas !

Dame, dame el buen consejo  
que há menester quien te adora,  
para saber de qué modo  
se cambia un alma por otra...  
y corrígeme si yerro.  
¡Verás mi obediencia, pronta,  
buscar la senda más breve  
que en tu pecho desemboca !

Perdóname si te injuria  
mi pasión impetuosa,  
pues sabes al que ama mucho  
lo mucho que le perdonan.  
Y no me niegues al menos,  
cuando la pena me agobia,  
que de consolar al triste  
te ofrezca ocasión notoria...  
Mas si es flaqueza el quererte  
con paciencia la soporta,  
y á un tiempo, de esta manera,  
los dos ganamos la gloria.

Estoy enfermo; visítame;  
estoy hambriento; haz que coma,  
y de mi alma la tuya  
calme la sed ardorosa.  
Gime el corazón desnudo  
y se extremece y solloza,  
porque tu amor no le presta  
el abrigo de sus ropas.  
Soy un pobre peregrino  
que llama á tu puerta sorda :  
mas, si tú me das posada

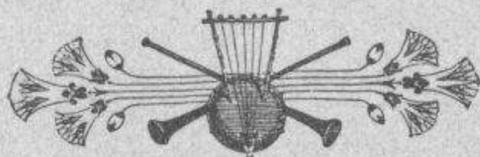
## LOS ILUSTRES. — DE CASA

## D. Adelardo López de Ayala

y en tu corazón me alojas,  
no temas que nunca exija,  
por mucho que el tiempo corra,  
que redimas á un cautivo  
que en serlo tuyo se goza...

En fin, si nada te mueve,  
y despiadada malogras  
la ocasión de practicar  
tantas benéficas obras,  
concédeme la que pido,  
última piedad de todas :  
entiérrame, que estoy muerto ;  
y, puesto que eres de roca,  
lábrame la sepultura  
del mármol de tu persona.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA



MARÍA ROSA. — Solo. Parece su majestad la misantropía. Dejadme.

MÁSCARA. — Fortuna te dé Dios.

MARÍA ROSA. — Hasta luego.

*(María Rosa se separa del grupo, que se anima; unas pasean del brazo, otras buscan un compañero para el wals.)*

## II

*(Antonio, cara de chino, de mozo gastado y de mala pinta; encogidas las piernas, la frotada perezosamente sobre el diván, Colona contempla distraído aquel magotable de parejas que se agitan, ven y bullen como poseídas del vértigo.)*

MARÍA ROSA (acercándose). — ¡Hola, Antonio!

ANTONIO (receloso). — ¡Caramba, ¿cómo me conoces?

MARÍA ROSA (festivamente). — Sí, eres Antonio.

ANTONIO. — Gracias.

MARÍA ROSA. — ¿Se puede saber qué ha pasado?

ANTONIO. — Me aburro.

MARÍA ROSA. — Yo creí que venías á divertirte.

ANTONIO. — A dar con mi tedio en las fiestas de esos locos; me gusta verles correr por el camino de la perdición; mira, todos son iguales á mí, malos; todos con la sangre blanca.

MARÍA ROSA. — ¡Jesús, me asustas! ¿Qué vamos á bailar?

ANTONIO. — No sé. Además no podría; no tengo fuerzas.

MARÍA ROSA. — Pero levántate, ofréceme el brazo...

ANTONIO (resistiéndose). — ¡Andar! ¿te parece que estamos condenados á andar poco en la vida? ¡Cuando se llega á mi edad, habiendo corrido mucho, se siente un cansancio tan horrible!

MARÍA ROSA. — Yo te desentumeceré.

ANTONIO (levantándose). — ¿Tú? ¿Eres hermosa?

MARÍA ROSA. — ¡Hombre!

ANTONIO (llevándose). — Sí, eres muy guapa. Tus ojos brillan; siento arder el fuego de la juventud en ese brazo que tiembla (lo acaricia descaradamente).

MARÍA ROSA. — ¡Qué atrevido!

ANTONIO. — ¡Bah! ¡Cuando se le viene á buscar á uno á un baile como éste!

MARÍA ROSA. — ¿Qué te figuras que soy yo?

ANTONIO. — Una criatura adorable que va á venir á cenar conmigo.

MARÍA ROSA. — Te equivocas, no salgo.

ANTONIO. — Pues te dejo.

MARÍA ROSA. — ¿Me prometes tener juicio, Antonio?

ANTONIO. — ¡Juicio! ¡Pedir juicio una máscara en noche de carnaval! Tú no estás buena, tú necesitas champagne de la *beuve*: vamos.

*(Los músicos, arlequines, saltimbancos.... Caen como una tromba, con alboroto de risas, de gritos agudos. El observador descubriría que aquellas mujeres están fuera de su centro, no son carne de bacanal; enredan para aturdirse.)*

MARÍA ROSA (á una máscara). — ¡Qué sacrificio!

MÁSCARA. — ¡Qué vergüenza! Me parece que el rubor va á colorearme el antifaz.

MARÍA ROSA. — Yo estoy ardiendo.

MÁSCARA. — ¡Si se presentara mi marido!

MARÍA ROSA. — ¡Con tal de que ande por ahí Antonio! ¡Ay, querida! Tú no sabes lo que es amar á un hombre tímido; que te enamora sin decirte «por ahí te pudrás». Y esta noche revienta; como le encuentre, te juro que le hago hablar.

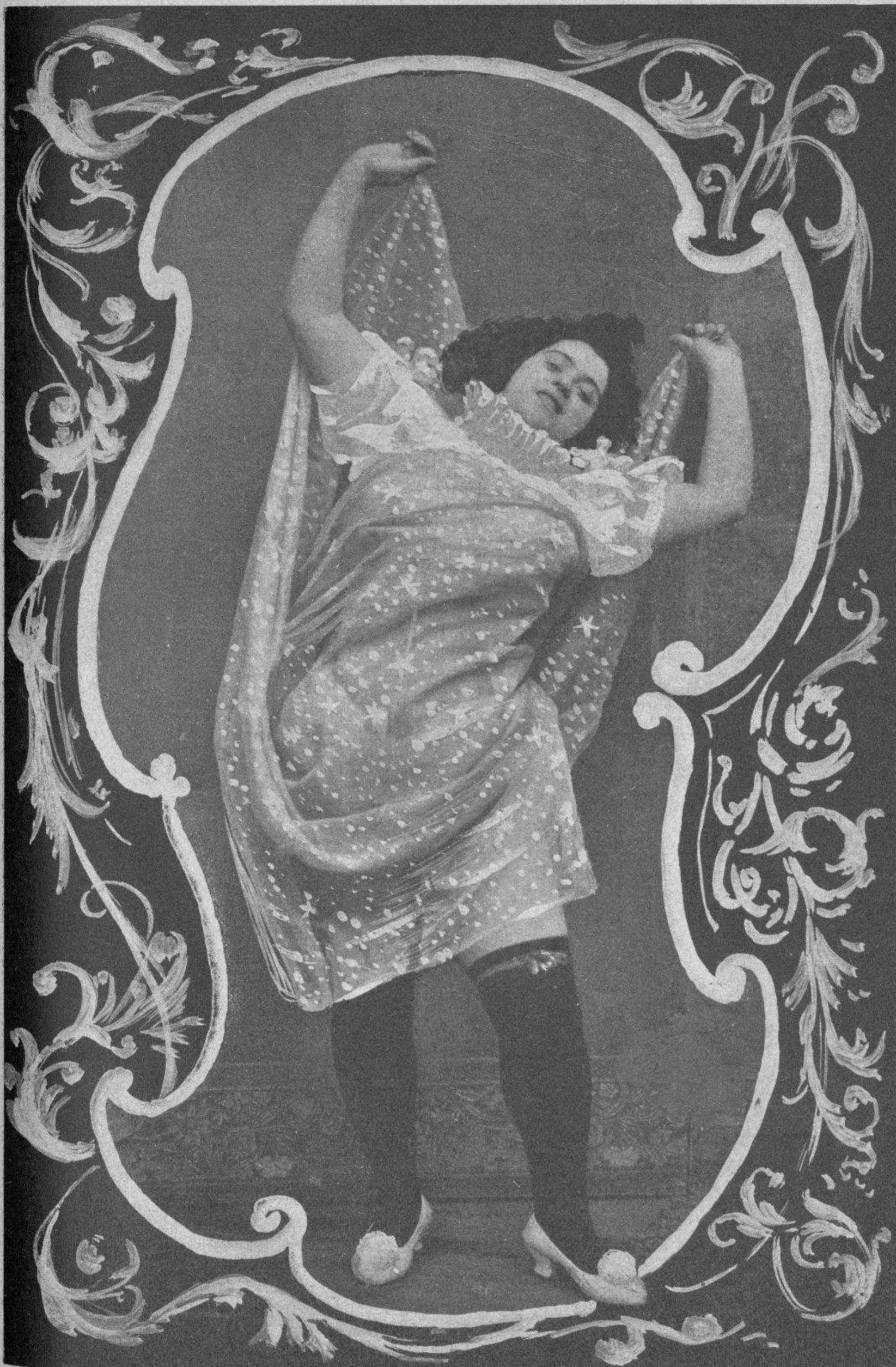
MÁSCARA. — No te quejarás de nosotras; ya ves que nos hemos brindado á hacerte el caldo gordo.

MARÍA ROSA. — Dí que la curiosidad os ha metido en estos trotes.

MÁSCARA. — ¡Francamente... mi esposo habla tales horrores de este baile!

MARÍA ROSA. — Mira, allí está Antonio, en aquel ángulo.

MÁSCARA. — ¿Solito?



La gracia de la pereza

(Prohibida la reproducción)

(Dejan el salón; en el guardarropa él recoge su levisac y su chistera; ella el chal, que Antonio le arregla galantemente.)

MARÍA ROSA (suspirando). — ¡Es tanto lo que le quiero!

### III

En un reservado, á los postres.

ANTONIO. — Chica, voy á echar una cana al aire. Mañana estaré malo, malo, malo. ¿Pero qué importa? En una noche así, pierdo diez años de vida ¡valiente cuidado me da! Morir á los cincuenta, morir á los cien, todo es uno: un soplo. Tú eres la gran hembra, rubia; me enamoran las rubias. Te idolatro. (La abraza).

MARÍA ROSA (empujándole suavemente). — ¡Quieto!

ANTONIO. — ¡Todas empezais de la misma manera! Bebe. El champagne amansa. (Pasándole el brazo por la cintura). Repito que te adoro.

MARÍA ROSA (desasiéndose y golpeándole). — ¡Borracho! ¿Qué diría María Rosa si te viese así?

ANTONIO. — ¡María Rosa! ¿La conoces tú? Si la ves, dile que... que yo no puedo amarla. Ella es pura, fuerte... Yo, yo estoy podrido; mi sangre está viciada, corroída, llena de virus. No podría cumplir con mis deberes de casado; yo ya no sirvo más que para esto, para una noche así. No tengo más fuerzas que las que me da el vino, la

fiebre de la orgía. (Tratando de desabrocharle el cuerpo). Bebe champagne y déjate querer. Aún puedo hacerte feliz durante unas horas.

MARÍA ROSA (levantándose asustada). — ¡Pobre de mí! (Solloza). ¡Qué desengaño!

ANTONIO (la persigue, tambaleándose). — ¡No huyas! ¡María Rosa! No me hables de María Rosa; tendría que buscar en otro lo que no encontrase en mí... porque, en confianza, chica, yo no creo en virtudes. La mujer más santa es un demonio, si se presenta ocasión. Yo no puedo casarme; no estoy para convertirme en sombra de mi costilla. A tí te quiero. (Intenta abrazarla; da un traspies y cae en el suelo, quedándose dormido. María Rosa arregla una especie de almohada con el levisac y le acomoda la cabeza amorosamente; después sale del reservado).

### IV

MARÍA ROSA (entrando en su alcoba y arrojándose en un sillón). — ¡Ya ha hablado! (Quitándose el antifaz y estrujándolo con rabia). No eres un pretexto para gozar libremente, nó. ¡Para qué sirves! Para que podamos ver desenmascarados á los hombres, que van siempre cubiertos en la horrible mascarada de la vida. (Se arroja sollozando sobre la cama). ¡Oh, la careta!

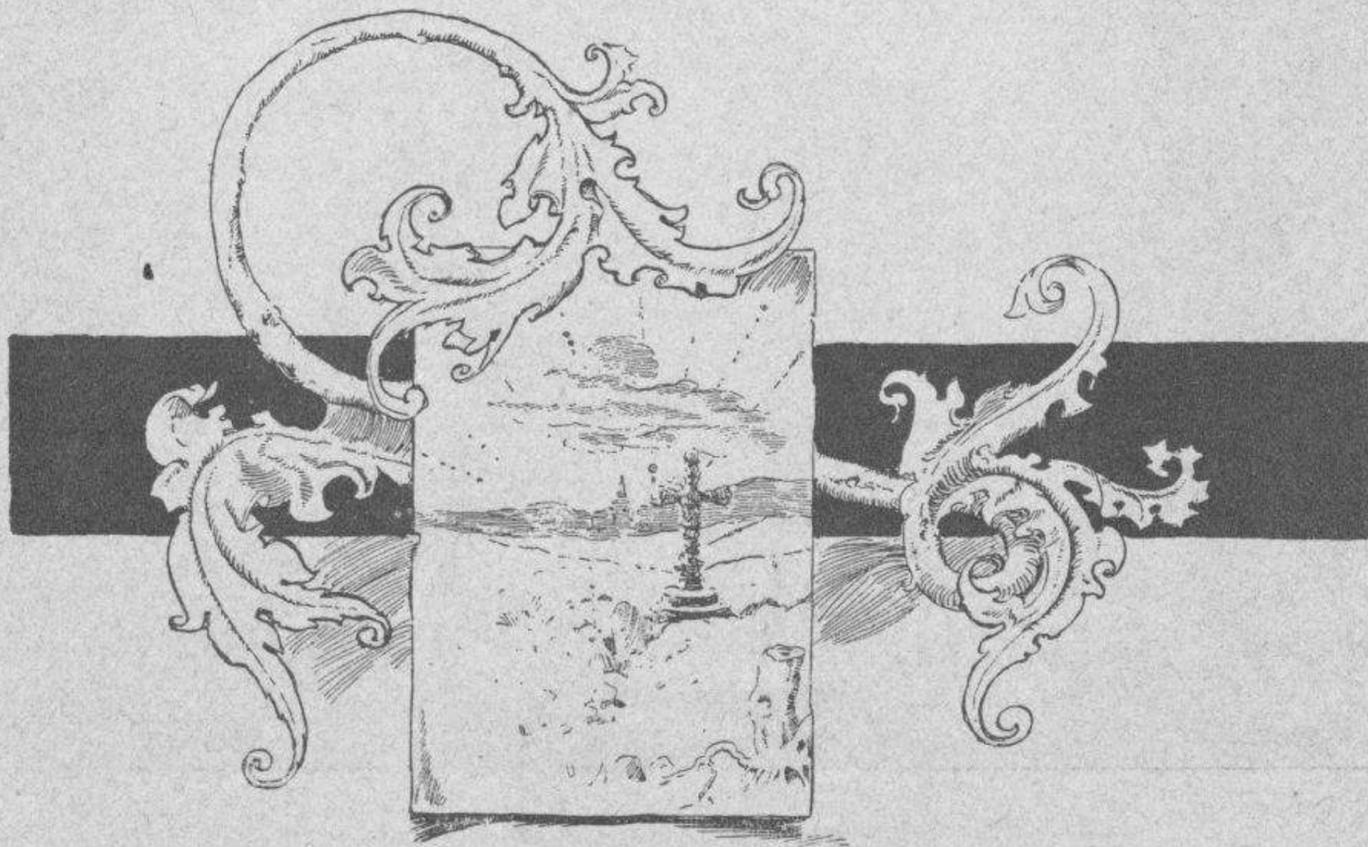
CLAK.

## Celos

Ayer ví en tu maceta  
cuatro claveles,  
y hoy, vida de mi vida,  
sólo tres tiene.  
Y estoy celoso  
de cuantos mozos llevan  
claveles rojos.

Cuatro claveles rojos  
en tu maceta  
conté ayer, y hoy he visto  
que tres ostenta.  
Y... mas perdona,  
acaso al contar cuatro  
conté tu boca.

FEDERICO DEÁN.





— Mira, tú, he robado este cerdo ahí en una masía y ya me siguen los guardias. ¿Será contra?  
— Pos dámelo, te lo ocultaré en buen sitio, con el mío, que es de la propia cosecha.



— ¡Qué fuerza tienen estos condenados! Suerte que me los he atao á las muñecas... ¡No sus van á encontrar *manque toquen á somatén*!



— ¡Mecachis! ¡Quién sabía de *afigurar*!... ¡Mejor que no me los jubiera atao!



Un padre tenía dos hijos: Cristóbal, que era un joven de talento, y Gregorio, que era un estúpido. Cuando el padre sintió acercarse su última hora, buscó á Cristóbal con ojos inquietos.

— Hijo mío, — le dijo, — un triste pensamiento me atormenta. Tú tienes inteligencia. ¿Cuál va á ser tu suerte? Toma esta llave; en mi armario encontrarás una caja con alhajas; cógelas, yo te las doy, y no dejo nada á tu hermano.

El hijo, estupefacto, vaciló largo tiempo.

— ¡ Ah, padre! — dijo por último: — si usted me lo deja todo, ¿ cómo podrá vivir y prosperar mi hermano?

— ¡ El! — le interrumpió el moribundo, — no me da ningún cuidado; es demasiado bestia para que no le vaya bien en el mundo.



No hay mentira más perjudicial que la verdad disfrazada.



Un jugador afortunado echa en el sombrero el oro y billetes ganado en la ruleta, y se aparta para contar.

Otro jugador tronado se le acerca, preguntando con el tono más humilde:

— Caballero, ¿ tendría usted la bondad de darme las señas de su sombrero?



En Liverpool se ha casado una linda señorita, que sólo tiene de renta *seis mil libras esterlinas*. Dígase lo que se quiera, quiérase lo que se diga, eso no es un buen partido: ¡ es una buena partida!



Viéndose Voltaire continuamente acosado por uno que no dejaba pasar un día sin enviarle una carta, le escribió diciéndole:

« Caballero: he fallecido con esta fecha; no podré, por tanto, en lo sucesivo contestar á sus epístolas ».

El autor de *Cándido* se creyó ya libre del importuno, pero al día siguiente recibió una carta del mismo, con el siguiente sobre:

« A M. Voltaire, en el otro mundo ».



No te empeñes en estar bien con todo el mundo si quieres estar bien contigo mismo.



Un explorador recibe de un jefe de tribu un insulto ante el intérprete.

El explorador da entonces una bofetada al intérprete, y le dice:

— ¡ Tradúzcale usted esto á ese miserable!



Si he de creer á un libro de Botánica, el número de plantas conocidas se eleva á 80,000.

Supongo que no estarán incluidas en ese número las plantas de los pies.



Los amantes importunan cuando no se les ama; cuando son amados se fastidian.



¿ En qué se parece un policía á un fósforo?

— ¡ Hombre! La cosa es sencilla. En que prende.



— ¿ Cuántos años tienes, mocito?

— Veintidós. ¿ Y usted, abuelo?

— Veintiuno.

— ¡ Cómo! Usted se burla.

— Hace veintiún años que me caí rodando de una escalera, y todo el mundo estuvo conforme en decir que aquel día había nacido.



En el mundo suele llamarse habilidad á la falta de vergüenza.



### Charada

Querida amiga Teresa:  
he recibido tu carta  
y me parece *tres prima*  
tu ida con la buena Casta  
á la *segunda primera*  
en edad tan avanzada.  
¿ Nada más por ver á un primo,  
que según te aseguraban  
es muy rico y propietario  
de varias tierras y casas,  
te decides á marcharte  
para ver sólo si alcanzas  
de su cuantiosa fortuna  
una parte limitada?  
Cree, no realices tal cosa,  
que es travesía muy larga,  
no te resultase un *todo*  
esta fortuna soñada.

MORENO.



### Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7
1	7	3	4	6	5	
1	5	3	4	7		
1	7	6	2			
2	6	5				
6	4					
7						

Substituir los números por letras, de modo de formar en las líneas horizontales lo que sigue:

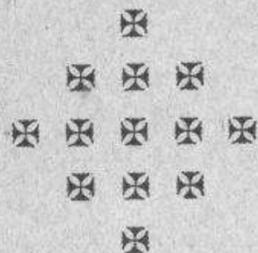
1 Nombre de mujer. — 2 Idem ídem. — 3 Idem ídem. — 4 Pan del cielo. — 5 Nombre de mujer. — 6 Negación. — 7 Vocal.



Jeroglífico comprimido



—◆—  
Rombo



Substitúyanse las cruces por letras, de manera que leídas las líneas horizontal y verticalmente, digan lo siguiente:

1 Consonante. — 2 Artículo. — 3 Nombre de varón. — 4 Nota musical. — 5 Consonante.



Soluciones á los pasatiempos del número anterior.

CHARADA: Camarero.

ADIVINANZA: Había dos cerezas y comí una...

CUADRADO:

C A N A  
A L A R  
N A D A  
A R A R

PROBLEMA DE AJEDREZ: 1 D 3 C D.

Correspondencia

Contestaré rápidamente para salir por un lado: ¡tantas son las cartas que se amontonan en mi mesa!

Silos.—No puedo complacerle.—J. P.—Hay demasiadas incorrecciones.—Q. G.—Burgos.—No lo hace usted del todo mal; pero el asunto es muy inocente en una, muy serio en otra.—*El niño de la bola*.—Viejo.—D. C.—Veré de hacerle un hueco.—*Rabosa Fieta Angeles*.—Pudiera pasar, con enmiendas; pero... no personalicemos. Si manda algo más, que sea corto. Ah, y no firme usted con pseudónimos las cartas, que es descortesía.—J. I. C.—Madrid.—Flojillo es eso.

J. T.—Barcelona.—Bueno; pues vaya la primera advertencia: los endecasílabos han de cargar el acento en la sexta sílaba, unas veces, y en la cuarta y octava, otras; esa división, bien manejada, los hace largos y breves, en tal medida, que resultan altamente cadenciosos. Cuando un verso no está medido como acabo de indicar, podrá tener once sílabas, pero no es endecasílabo, que es lo que les pasa á muchos del soneto que me envía. Además hay rayas que no son cortas, sino largas con exceso; como que no tienen once sílabas, sino doce y ¡horror! trece.

L. P. D.—Barcelona.—Tome usted una ducha todas las mañanas; dese un paseito hasta el Tibidabo; almuerce bien, duerma media hora de siesta; juegue luego á carambolas; no olvide la gimnasia; coma mucha carne; vaya al teatro hasta las once, y á dormir; todo eso constituye un régimen de vida que le vigorizará, fortaleciéndole el cerebro; pero si sigue usted escribiendo endechas á las ranas, no respondo de su salud.

Carionte.—Cartagena.—*Mugriento* es efectivamente consonante de viento; pero cónstele á usted que puede soplar un huracán de todos los demonios y llevarse el vestido limpio, flamante.

C. G.—Valencia.—«Se estaba el sol muy quieto...» Pero, infeliz, ¡todavía no se ha enterado usted de que el sol da más vueltas que una peonza?

Casto.—Madrid.—«Una broma les gasté á mis amigos y fuese que mientras me *andavan* buscando yo me estaba en el pesebre.»

Cuidado con repetir la broma, porque puede ocurrir que ellos, amoscados, le pongan un roncal y le echen un pienso. ¡Son algunos tan guasones!

R. G.—Cádiz.—¿Cómo? ¿Usted toca el fagot? Pues si lo hace tan mal como los versos, no arriendo la ganancia á sus pobres vecinos.

H. M.—Madrid.—«Las auras del bosque, los alados céfiros, las ninfas risueñas, trinos y gorgoros...» ¡Dios mío qué cursi, qué cursi que es eso!

Y un poco de paciencia, que todas las cartas se leerán.

TOSSES REBELDES  
CATARROS  
BRONQUITIS  
TISIS

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA  
Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas  
Año . . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



# El Mundo Cielista

Calle Aribau, 2

## Velódromo especial de aprendizaje

(Junto á los jardines de la Universidad)

Alquiler, enseñanza, custodia  
y reparación de bicicletas

Baratura, prontitud y solidez  
en las composuras

\*  
C  
U  
P  
O  
N  
\*

### CUPON PRIMA

Regalo á los compradores  
— de **LA SAETA** —

\*  
C  
U  
P  
O  
N  
\*

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

#### CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

#### EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**



Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda de la Universidad, 6: Teléfono 861. — Barcelona



20 cénts.

Núm. 378

OBRAS DE PONSON DU TERRAIL

**El Herrero del Convento**  
2 tomos

**Los Amores de Aurora**  
2 tomos

**La Justicia de los Gitanos**  
2 tomos

**Los dramas de París**  
5 tomos

1.º La Herencia Misteriosa. — 2.º Sor Luisa, la Hermana de la Caridad. — 3.º El Club de los Explotadores. — 4.º Turquesa la Pecadora. — 5.º El Conde de Artoff.

**Las Hazañas de Rocambole**  
4 tomos

1.º Carmen la Gitana. — 2.º La Condesa de Artoff. — 3.º La Muerte del Salvaje. — 4.º La Venganza de Bacará.

**El Manuscrito del Dominó**  
4 tomos

1.º Los Caballeros del Claro de Luna. — 2.º La Vuelta del Presidiario. — 3.º El Testamento del Grano de Sal. — 4.º Daniela.

**La Resurrección de Rocambole**  
5 tomos

1.º El Presidio de Tolón. — 2.º La Cárcel de

Mujeres. — 3.º La Posada Maldita. — 4.º La Casa de Locos. — 5.º ¡Redención!

**La última palabra**  
de Rocambole  
7 tomos

1.º La Taberna de la Sangre. — 2.º Los Estranguladores. — 3.º Historia de un Crimen. — 4.º Los Millones de la Gitana. — 5.º La Hermosa Jardinera. — 6.º Un drama en la India. — 7.º Los Tesoros del Rajah.

**Las Miserias de Londres**  
5 tomos

1.º La Maestra de Párvulos. — 2.º El Niño Perdido. — 3.º La Jaula de los Pájaros. — 4.º El Cementerio de los Ajusticiados. — 5.º La señorita Elena.

**La Prisión de Rocambole**  
2 tomos

1.º — Los Amores de Limosino. — 2.º Los Subterráneos de la Cárcel.

**La Cuerda del Ahorcado**  
2 tomos

1.º El Loco de Bedlan. — 2.º El Hombre Gris.

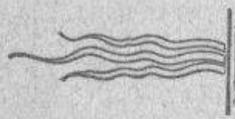
---

---

LAS TRES CIUDADES

**LOURDES - ROMA - PARIS**

última producción de EMILIO ZOLA

 **PARIS.** Tercera y última parte de la trilogía

Encuadernado en rústica . . . . . 16 reales  
» » tela inglesa . . . . . 24 »

Dirigir los pedidos acompañados de su importe en libranzas de Giro mutuo ó sellos de correo de España, á la Casa Editorial MAUCCI. — Consejo de Ciento, número 296. — Barcelona